AÑO XVI. — Nº 763

EL DIA

MONTEVIDEO, AGOSTO 31 DE 1947



FUENTES DE MONTEVIDEO.

En la Plaza Constitucion, centro histórico de la ciudad, se levantó esta fuente de mármol que conmemora uno de los acontecimientos pacíficos y trascendentales de la vida comunal: el de la inauguración de los servicios del agua corriente en Montevideo. Los atributos adecuados con que está adornada le dan un bello aspecto de conjunto cuando sus gritos lanzan al aire la frágil espada de sus surtidores de agua — (Fotografía de Juan Caruso).



Acto de entrega del guion de la unidad



Instante en que la señora de Batlle Berres, sujeta la insignia nacional en el regatón

ENTREGA DE LA BANDERA AL LICEO MILITAR Y NAVAL

EN el Liceo Militar y Naval se realizó el domingo pasado el ceremonial de entrega de la Bandera Nacional al instituto, por la esposa del Sr. Presidente de la República, Sra. Matilde Ibáñez Tálice de Batlle Berres, madrina de enseña, quien ofrendarla pronunció expresivas y emoci nadas palabras.

Las notas gráficas muestran algunos aspectos de esa importante ceremonia.



El Sr. Presidente de la República pronunciando su alocución al alumnado.



La esposa del Presidente de la República, señora Matilde Ibañez Tálice de Batlle Berres, dirigiendo la palabra.



Aspecto de la ceremonia de entrega del emblema nacional al abanderado del Liceo Militar y Naval.



El Presidente de la República Sr. Luis Batlle Berres acompanado del Ministro de Defensa Nacional, General Pedro Munar, y del Director del Liceo Militar y Naval, Teniente Coronel Armando Bértola, pasa revista al cuerpo de cadetes.



Escuela Militar desfilando con su ya proverbial gallardía.



Escuela Naval, desfilando frente al palco presidencial.

EL 25 DE AGOSTO EN FLORIDA

LA ciudad de Florida fué escenario de los desfiles militares y actos conmemorativos de la efemérides patria del 25 de Agosto, con asistencia del Sr. Presidente de la República y su esposa, Ministros de Estado, Intendente Municipal de Montevideo, legisladores, y otras autoridades de gobierno, oficiales del Ejército y de la Marina, con otros distinguidos invitados, quienes se trasladaron a la histórica ciudad en un convoy especial.

La población en masa tributó al Presidente de la República y a los integrantes de su comitiva, un acogimiento entusiasta, aplaudiendo el pasaje del mandatario por las calles de la ciudad.

La partida hacia el centro de la ciudad se hizo dificultosa por la gran cantidad de pueblo que rodeaba la estación y el enorme número de automoviles concentrados en ese paraje.

Una escuadra del Regimiento Blandengues de Artigas rindió honores al Presidente de la República, que fué escoltado por elementos de aquella unidad. A lo largo de la avenida Guglielmette, las fuerzas motorizadas, de infantería y regimientos de voluntarios, así como las Escuelas Militar y Naval, presentaron armas, al cruzar el primer magistrado, en su pasaje hacia la Jefatura de Policía, a donde se dirigió para recibir el saludo de las autoridades locales.

Tras una breve estada en la Jefatura y otra corta recepción en la Intendencia Municipal, en donde el Intendente, Dr. Alberto Rosselli, le dió la bienvenida a nombre de la ciudad, el Sr. Batlle Berres se dirigió al palco oficial, ubicado en la calle Independencia, desde donde presenció minutos después el interesante desfile militar.



Escolares floridenses en el acto de recepción al Sr. Presidente de la República en la ciudad de Florida.



El Presidente de la República, Sr. Luis Batlle Berres, encabezando la columna cívica que se dirigió hacia la Piedra Alta.



Centro de Instrucción de Oficiales de Reserva en el desfile.



Solemne ceremonia cumplida en la Piedra Alta.

MILITARES VIEJOS

GENERAL MANUEL CARABALLO

Si el renombre de su hermano el general Francisco Caraballo, pudo interferir en desventaja sobre la fama y personalidad militar de Manuel Caraballo, este viejo soldado criollo tiene una foja de servicios como para salvar su nombre del olvido.

No pretendo intentar un paralelo imposible entre el recio criollo que se fué de este mundo, con 92 años sobre las espaldas y con una foja que sobrepasaba de los 70, y el compañero de Flores, en el desembarco del 19 de abril del 63, y jefe de los ejércitos gubernistas en la guerra civil de 1870 - 72, pero no obstante la declaración inicial, estamos en presencia de todo un veterano de dos Repúblicas, pues tanto sirvió aquí como en la Argentina.

Fallecido en Montevideo nonagenario, murió sin señales de enfermedad aparente, certificando los médicos que había sucumbido de senilidad.

En el rostro, después del retoque final que da la muerte, se alcanzaban a distinguir todavía dos cicatrices de arma blanca que remontaban al año 1846, cuando lo hirieron en San Antonio el 8 de febrero y en Daymán, pocos días más tarde sirviendo a las órdenes de Garibaldi.

Había empezado su carrera de armas como soldado raso en el cuerpo de Dragones Orientales, en 1830, y ateniéndose a los datos que el mismo proporcionara en oportunidad a las oficinas competentes del ejército, sus promociones hasta 1841, fueron éstas:

Alférez y teniente 2º de Guardias Nacionales el año 1836 y sargento mayor en 1841.

Sin embargo, de los papeles que se tuvieron a la vista al redactar la correspondiente ficha para mi Diccionario Uruguayo de Biografías, resulta que el 21 de noviembre del 42 fué promovido a sargento mayor siendo capitán "en virtud de haber sido conductor del pliego donde se comunica un triunfo sobre los enemigos".

Siguiendo las banderas rebeldes del general Rivera en el movimiento armado que se llamó Constitucional, de 1836-38, peleó en las principales acciones y en la guerra contra el tirano argentino Juan M. Rosas, subsiguiente a la victoria riverista, se le halla sirviendo en los escuadrones 1º y 2º de Milicias.

Estuvo en los ejércitos organizados para oponerse, en campaña, cuando la derrota de Arroyo Grande, en diciembre de 1842, abrió la República a la invasión del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina, cuya jefatura el tirano en Buenos Aires confió al ex-presidente general Manuel Oribe.

Después de la desastrosa jornada de India Muerta, librado por mera casualidad de caer prisionero — y desde luego degollado conforme a las bárbaras órdenes del vencedor entrerriano — encaminóse, por teritorio brasileño, a la provincia de Corrientes donde se puso a órdenes del general Paz.

En noviembre del 45 estaba otra vez en Montevideo donde los antiguos jefes aprobaron su conducta, y le facilitaron los elementos que pudiera necesitar para el equipo de una fuerza que se le confiaba.

En el "Comercio del Plata" corre inserta la orden general correspondiente.

Mencionóse antes la participación de Caraballo en las operaciones, emprendidas por Garibaldi en su calidad de jefe de las fuerzas navales de la República. Poco más de un año iba transcurrido cuando después de ser tomada por asalto la plaza del Salto por las fuerzas rosi-oribistas del general Servando Gómez, Caraballo que consiguiera abandonar el pueblo en uno de los pequeños barcos de la escuadrilla nacional, cayó prisionero, a causa de que, varada la embarcación a pocos kilómetros aguas abajo, en la Vuelta de la Caballada, los enemigos la hundieron a cañonazos desde las altas barrancas de la costa.

Hablando con propiedad diremos que, todavía pudo salvar a nado del naufragio, pero los rosistas que dominaban en la orilla entrerriana lo capturaron al cabo de dos días. Conducido al campamento de Urquiza en Calá, permaneció allí como prisionero, bajo estricta vigilancia por término de 13 ó 14 meses, al cabo de los cuales, se le dió destino en un escuadrón de escolta.

Desde este momento Caraballo entra a moverse por muchísimos años, en la órbita de Urquiza, sirviéndolo y sirviéndolo bien.

Lo mismo aconteció con Fausto Aguilar y otros compatriotas que caídos en manos del general entrerriano — luego de haberles perdonado la vida — puso especial cuidado en atraerlos personalmente fingiendo que olvidaba sus antecedentes y su filiación política.

Esta conducta del hombre de India Muerta inspirada por directivas oscuras aún, pero con firme vinculación a los planes políticos que venían madurando en su cabeza y el tiempo encargaríase de revelar, no escaparon a las exacerbadas sospechas de Rosas.

Reclamó, en efecto, el Tirano contra tales humanas prácticas de su lugarteniente, alegando que no se podía tener confianza en hombres que, en circunstancias peligrosas pueden causar un gran mal; y mucho menos de ningún jefe u oficial, cuando no se hubiesen presentado después de abandonar voluntariamente las filas de los salvajes unitarios y *practicado, además, algún hecho notorio y positivo en favor de nuestra sagrada causa nacional de la Confederación*". (Mío el subrayado).

Rosas, cuenta nota fechada el 11 de marzo de 1847, y que uno de sus panegiristas divulgó hace poco en un libro, demuestra una nueva vez como subordinaba todo a sus ambiciones personales y cuán equivocados estaban los compatriotas nuestros, que en la ceguedad de sus pasiones no distinguían entre las *altas miras de la Confederación* y los sagrados intereses de la República. Urquiza meditaba ya la defección al sistema rosista e iba urdiendo sigilosamente la red. Rosas no lo ignoraba, pero ya no se animaba a enfrentar al caudillo entrerriano cada día más poderoso.

Sirviendo a Urquiza Manuel Caraballo hizo la campaña de Corrientes, y era comandante cuando la batalla de Venao. Estaba a órdenes del general Garzón en 1851, el Capitán General en preparativos de la campaña del Ejército Grande Aliado Libertador en Sud América, lo llamó a su lado, señalándole destino, junto al coronel entrerriano Miguel Jerónimo Galarza.

A la cabeza de su escuadrón de caballería, participó en el combate de Campos de Alvarez, el 31 de enero del 52, en vísperas, puede decirse, de Caseros.

La derrota de las huestes rosistas de Lagos que habían quedado al oeste del río Las Conchas, se produjo al cabo de corta y decisiva lucha iniciada por el propio Lagos que adelantándose creyó sacar ventajas de entrada.

Las fuerzas de Caraballo y las de Fausto Aguilar — que mandaba otro regimiento — figuraron en primera línea.

Los rosistas sufrieron poco más de un centenar de bajas, pero la dispersión asumió los caracteres de un desastre: de los seis mil hombres presentados por Lagos, sólo unos tres mil quinientos volvieron al cuartel general del tirano.

Un episodio inhabitual, es digno de mención a propósito de este suceso de armas.

Al producirse el desbande del enemigo Galarza — dice el general Sarobe — desprendió un escuadrón de diestros boleadores entrerrianos, para hacer prisioneros entre los jinetes fugitivos, con orden severa de respetarles la vida.

De esta manera se capturaron 11 oficiales y más de 200 soldados, en una persecución llevada a cabo en término de tres leguas.

La acción de Alvarez no produjo en el ejército del tirano la impresión que hubiera producido en cualquier otro.

"El terror que inspiraba este hombre extraordinario escribe nuestro general César Díaz — era tan grande, que nadie se atrevía a preguntar allí lo que pasaba fuera de su vista, ni a explicar lo que había presenciado porque la menor indiscreción se pagaba con la vida; y no pudiendo los hombres comunicarse recíprocamente sus impresiones, quedaban aisladas en los hechos que la recibían, sin adquirir las proporciones que de ordinario da el cambio de ideas y el examen de las opiniones. Así es que aunque muchos sospecharon el resultado de la acción, el suceso quedó ignorado o envuelto en misterio para la mayor parte del ejército.

Después del triunfo de los aliados en Caseros, de cuyos laureles participó, siguió Caraballo sus servicios en Argentina y cuando la revolución de César Díaz el 57 pasó el Uruguay al mando de una de las columnas enterrianas que el Capitán General Urquiza enviaba en auxilio del gobierno de Pereira y su permanencia en territorio natal, acampado en el Rabón, prolongóse hasta abril del año siguiente.

Luchó contra Buenos Aires en las campañas de Cepeda y Pavón; no acompañó a Flores en la Cruzada; ni fué partícipe activo en la campaña del Paraguay y recién el 29 de marzo de 1868, el Presidente Batlle decretó su ingreso en el ejército nacional con el mismo grado de coronel de caballería que acreditaban sus despachos argentinos.

Mezclado en las andanzas políticas de su hermano Francisco prefirió regres tre Ríos y sin aceptar el convenic zangano, escapó del campo la noc de la capitulación.

Revistaba en la Plana Mayor cuando el coronel blanco Timote cio alzó en 1870 bandera de re y en estas circunstancias destinó ejército del Norte.

En febrero de 1876, los diarios tevideo publicaban la noticia "d muerto asesinado en el Departam Gualeguay el coronel oriental D. Caraballo". Haciéndose eco de e cunstancia, fué dado de baja en el mes, pero a poco, rectificada la las cosas volvieron a su lugar.

El gobierno del Dr. Vidal concl inaugurarse en 1880, a la caída del dor Latorre, en momentos en que ronel Manuel Caraballo era indica mo jefe de la revolución preparada Comité de Buenos Aires. El 22 de ro salió del puerto correntino de Caseros con rumbo al Brasil dond



General MANUEL CARABALLO (Fotografía sacada en Montevideo a 90 años). Colección del autor.

embarcó en el puerto de La Seña, ju con un puñado de partidarios.

Se internó por allí esperando un cont gente mayor que iba a venir, pero que vino.

En abril, dió un manifiesto al país e plicando las causas de su actitud en documento difuso, en que se habla de movimiento armado de carácter nacional no con divisa colorada y llegó hasta re lizar una pequeña incursión por nuestr territorio. Reclamó el gobierno a la cort imperial, consiguiendo que las autorida des de Río Grande intervinieran. Una co misión especial fué a sorprenderlo en e Potrero de Prado, cerca del Paso del León desarmando sus 40 hombres y trayéndol a Uruguayana. Vidal, mientras tanto, lo eli minó del ejército el 20 de abril de 1880. Algún tiempo más tarde, el 6 de octubre de 1881, el coronel Caraballo entró incluido en una ley de amnistía y fué vuelto a su grado.

Alternativamente en la República o por Entre Ríos, se hallaba en esta provincia argentina cuando al prepararse la revolución contra el gobierno del general Santos, los diarios de la oposición y la voz corriente lo señalaron como implicado en el movimiento. Por esta razón, el Estado Mayor del Ejército lo emplazó junto con gran número de oficiales y jefes. Respondió al llamamiento dirigiendo al general Santos una carta, en la cual lo reconocía "El jefe del partido colorado" y vino a presentarse en Montevideo en enero de 1886. Con fecha 8 de febrero, el general presidente premió su adhesión confiriéndole las palmas de general de brigada.

Ni su edad ni el orden radicado en el país por los gobiernos de Tajes y de Herrera y Obes, le dieron ocasión para ninguna nueva actividad militar o política.

Después de pasar una larga temporada en Entre Ríos, donde vivían sus hijos, tornó a Montevideo bastante atrasado de salud, pero los aires de la patria le sentaron bien. Su existencia, en pleno descanso, se prolongó hasta el 2 de marzo de 1898, fecha en que falleció a los 92 años.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.



Lord Robert Dudley



Retrato de la reina Isabel.

Isabel de Inglaterra Reina Renacentista

LA Reforma, hecho social a la vez que religioso, el Renacimiento con su des- ordante pujanza subjetiva, el siglo de pencer, Bacon y el joven Shakespeare fue- n el escenario en el cual se desplazó la uy compleja y singular figura que nos tupa. Pocos conductores de pueblos han oncentrado en su persona la historia de na nación; sólo algunos dan y toman sus- nto humano de la época en que actuaron, ndiendo sin engorro las cualidades pro- as al sentido vital de los tiempos. La rei- Isabel de Inglaterra es, sin lugar a du- as, uno de ellos.

Presidía el barroco; los isabelinos, con misterioso atractivo para el hombre mo- rno, sólo pueden explicarse reparando en incongruencia entre el espíritu y la for- a, la cualidad y el ornamento. Rebosaron quisita intelectualidad, pompa y fausto, sión y fuerza magníficas así como cruel- d nacida del temor, nutriéndose de la triga, ásperos e implacables.

Nada más barroco, sin embargo, más in- anzable en el fantástico entrelazarse de acción hacia un destino ignorado, que la isma Isabel; pues si fué la esencia del nacimiento, su producto más acabado, también el exégeta lúcido y compren- o. Realidad y apariencia se fusionan en a más allá de todo intento de análisis; tadista, diplomática, vocero de una épo- el historiador la dota de valor esplén- do mientras los embajadores españoles an- su corte, se hacen lenguas de su pusila- nimidad.

¿Quién tiene visión más certera? Ambos ninguno. La reina no triunfó por heroica no por las cualidades que desprecia el roe: simulación, adaptabilidad, indecisión, rsimonia y sobre todas las cosas su cer- o uso de la mentira. Certero y exquisito, nque sorprenda el adjetivo, pues esa ma- renacentista, lujosa, robusta, chisporro- ante con el gozo de una creación que fué lítica, estética y de plena satisfacción ín- na, sólo puede admirarse como una obra arte. No cabe el juicio moral, ni corres- onde apreciarla según las normas de una cencia fundamental, pues la grandeza de abel, su genio y su heroísmo fueron esas ismas cualidades negativas que enloque- an lenta y seguramente a los emisarios Felipe II.

Su verba castellana, arcaica y esplendo- sa la equipara sin ambajes a un "engen- o de Satanás".

¡Cómo debió resonar en los corredores sus palacios la risa robusta de Isabel a quien no se le escapaba por cierto esta opinión! Esos fueron, sin duda alguna, momentos de satisfacción total para la astuta diplomática.

De modo que el elemento heroico aparece en su carácter sólo como una exacerbación de la negación de todo lo heroico. Su espíritu poderoso y dominador debe



El conde de Essex

haber hallado en ello un sentido de poder tan absoluto y radical, que la apoyó durante los largos y angustiosos años de su reinado. Porque fué capaz de todo y gobernó con la desbordante lujuria de su siglo, es Isabel el símbolo del Renacimiento.

Su mundo estaba convulsionado: Francia y España imponían nacionalismos rivales, Roma y Calvino se disputaban la conciencia del hombre. Sólo la astucia y sutileza de su intelecto, por la perfecta adaptación con el medio ambiente, pudieron sortear los obstáculos y hacer triunfar sus principios. Esa lucidez mental y una notable ausencia de pasión en lo fundamental, en el grave y hondo problema de Estado, la convierten en la única persona con suficiente salud mental para enfrentarse con un mundo alucinado. Las luchas y las intrigas produjeron una diplomacia tan compleja que no ha podido ser aclarada por completo ni aun en nuestros días.

Si bien el intelecto le sirvió tan cumplidamente, su temperamento acompañó a la perfección las otras cualidades; temperamento andrógino, pertinaz, vigoroso, insinuante, lánguido y enérgico a la vez. ¿Qué virtud no poseyó, qué cualidad no hizo suya, qué debilidad no atesoró? Esas fueron sus armas, apropiadas a cada situación, maleables en sus largas y sinuosas manos que atraen urgentemente la mirada de quien contemple sus retratos; su instinto le aconsejaba que no se comprometiera y derrocha a manos llenas el acervo de su rica fantasía para continuar libre y sin impedimento.

Habiendo llegado a una resolución se contradecía fervientemente, para luego contradecir la contradicción con un cálido despliegue de su bellísima oratoria. Arrojó por la borda con serena conciencia de lo que desdeñaba, la dignidad, el honor y todo sentido de decencia, al cual aplastó con la rudeza que convenía a la hija de Enrique VIII.

Prefirió ser juzgada con criterio realista por la posteridad, no por el impulso generoso ni el idealismo contagioso, sino por un resultado que hubo de lograrse sólo después de largos años y cuyos frutos no se cosecharon hasta después de extinguirse su vida. Ni aún los más agrios detractores de Isabel la han acusado nunca de ambición desmedida; el equilibrio intrínseco de su naturaleza era demasiado sólido para permitirle seguir los fuegos fatuos de la fan. que se obtiene fácilmente y se pierde en l corta memoria de los hombres. Usó en cambio, despiadadamente, el ingenio de sus consejeros, la debilidad de sus enemigos, el amor de sus súbditos a quienes cortejó con todos los dones de una reina y una mujer adornada por la sabiduría resplandeciente del renacimiento. A ellos les dió centuplicada la fuerza de una resolución indomable encaminada a una finalidad que nunca se oscureció en su previsión. No nos llamemos a engaño; en su larga y áspera lucha política Isabel no olvidó por un momento la meta que se había impuesto, y para ella, cumplir un cometido era transformarlo en la carne y la sangre de los que la rodeaban.

Paradójica por naturaleza, por inclinación y por el perverso poder que le otorgaba, usó su entereza física y moral para rehusar, pertinaz, toda solución de fuerza. Fué el más auténtico de los pacifistas, no por sentimiento al que desdeñaba, sino por economía. Hábil financista, computaba en dineros, en vidas y en energía creadora, el supremo despilfarro de las guerras, y les volvió la espalda en todo lo que le fué posible, lamentándose amargamente cuando no podía rehuir un conflicto armado.

Ni el hombre religioso ni el hombre imperialista pudieron entonces ni pueden ahora reconciliarse con la reina más transparentemente opaca de la historia moderna. ¿Acaso no fué transparente opacidad su negativa de transformarse en jefe de la Europa protestante, aceptando la soberanía de Holanda para luchar contra el imperio español y el catolicismo? Aquellos que quieran estudiar esta actitud contando tan sólo con el dato histórico, se adentrarán en una niebla opalina y acabarán en toda probabilidad, haciendo suyas las palabras de los emisarios españoles: "Está poseída por diez mil demonios".

Los que, en cambio, dejen los hechos para contemplar con más detenimiento la personalidad de la reina, verán que no le interesaba la religión, notarán que su naturaleza era secular y que consideraba a las religiones como caprichos embarazosos de los hombres, molestos por su excesiva intensidad y su peligrosidad potencial como productores de querellas, pero desgraciadamente tan arraigados que era preferible contemplarlos a combatirlos con intolerancia. No quiso ser el campeón de la reforma pues reservaba su indomable energía para cultivar con desvelo el tierno árbol del renacimiento. Cuando terminó de transitar por su tortuoso camino, Inglaterra había logrado civilizarse. No hubo de permitir al teólogo o al nacionalista que arrasaran esta débil esperanza de cultura y cualquier medio le fué grato para lograrlo.

Fué siniestra pero no cruel y aunque sus arrebatos se hicieron cada vez más frecuentes con el paso de los años, sólo aparecían por temor o por la violencia de su sangre encedida por la cólera. Comparándola con su archi-enemigo, Felipe de España, vemos la superficial semejanza de dos maestros en la intriga, pero mientras el amo del Escorial representó un organismo en descomposición, Isabel respaldada por la vitalidad del futuro, pudo dejarse arrastrar por el impulso ascendente de la humanidad. Enérgica, de vigor superabundante, comprendió que la monarquía de derecho divino, el corporativismo medioeval y la oscura intolerancia religiosa, no atraerían en definitiva al hombre nuevo. Supo mejor que ninguno — y así refuta a los más saturninos de sus críticos — que estaba permeada del espíritu de su época; puede entonces consultar su inclinación para conocer las necesidades de la nación que guiaba sabiamente. Es imposible hallar en su persona las virtudes menudas y la gracia encantadora del producto pulido y estilizado: juraba con gusto, agitaba el puño al enfadarse, reía estrepitosamente, amaba la farsa porque la atrajo el humorismo radiante y generoso, la vida ardiente y completa a la que se entregó con el abandono de una mujer para con su amante.

"La naturaleza es bella por sus muchos cambios" era uno de sus aforismos favoritos, y su conducta siguió fielmente la máxima. Su serenidad intelectual y su supremo instinto para las oportunidades del momento político le han valido con toda justicia el elogio de Enrique IV de Francia: "Sólo ella es rey, sólo ella sabe gobernar".

Al ascender al trono halló la nación dividida por luchas religiosas y políticas, empobrecida por la peste y las disenciones, amenazada por poderosos imperios continentales, sufriendo la perniciosa anemia de los pueblos sin un ideal al cual seguir; terminó su reinado con las arcas del tesoro colmadas, habiendo desbaratado los planes rapaces de los conquistadores extranjeros, después de crear una marina, una agricultura y un sistema económico bien saneado. En el ámbito de la cultura el período isabelino representa una de las épocas más gloriosas de la historia de Inglaterra. Ha recibido de la posteridad el elogio sin cortapisas y la crítica desdeñosa, pero resplandece como el más grande de los reyes ingleses.

Elsa PERCIVALE DE TURNER.



EL AMOR PROFANO. — Enigmática pintura en la que el ilustre cretense pinta el oscuro comercio sexual que deambula nocturno por las callejas miserables; libidinosa miseria de su ciuad toledana con doscientas iglesias y veinte monasterios.

TOLEDO y el MISTICISMO del GRECO

AÑO de la encarnación del señor de 1576. Plantada en medio del paisaje castellano, un paisaje de ancha y parda estepa, se yergue sobre una árida cima la imperial ciudad de Toledo. Recortando la austeridad de su silueta sobre el cielo eternamente místico de Castilla, la ciudad se destaca como una muda y señera fortaleza; a sus pies un río manso y plateado la circunda como un foso protector; empinadas callejuelas ascienden tortuosas hasta la vetusta plaza del Zocodóver, y las góticas agujas de su catedral, las almenas mudéjares de sus fortalezas y la sombría mole de su alcázar rematan en ritmo ascendente aquel paisaje urbano de estupenda y legendaria estructura. Dorada por las últimas luces de la tarde la ciudad parece cincelada en oro viejo. Vista a la distancia, es como si una paz religiosa la nimbara, desde la altura de sus campanarios y espadañas bajan las voces cordiales del ángelus y por la llanura sin fin el viento lleva ecos imprecisos de monásticos coros.

Por el ancho camino polvoriento que desde el punto de Valencia conduce a la ciudad imperial un joven viajero que a ella se dirige ve ilusionado llegar el término de su jornada. Es un apuesto mozo de unos veinticinco años; procede de la remota isla de Creta, de donde es natural, y se llama Domenico Theotocópoulos. Ya las sombras de la noche han tornado imprecisa la estampa que tiene ante sus ojos, pero múltiples luces artificiales se han ido encendiendo como otras tantas pruebas de la vida populosa de tan renombrado lugar. Y el viajero se detiene un momento para contemplar aquel espectáculo en que las luces se apeñuscan sobre la árida montaña a manera de llamas votivas colocadas en un desmesurado, inaudito y fantástico altar. Aquel joven viajero es un artista. Pintor ya formado en la mejor escuela de su tiempo, la de los venecianos Tiziano y Tintoretto, ha venido a Toledo en virtud de un contrato con el cabildo de la catedral.

Ya en Italia dejó muestras de su raro talento y su curiosa personalidad; precisamente en la ciudad de Parma pintó un lienzo que representa a Jesus curando a un ciego, extraña composición de enfática elocuencia, de ardiente colorido pero en que las figuras aparecen cabezonas, dibujadas con un canon excesivamente corto. Y ahora el mismo autor de aquellas rechonchas figuras, profundamente impresionado ante su primer contacto con la ciudad en la cual va a pintar y a permanecer el resto de su vida, frena un momento su cabalgadura; en la sombra parpadean extrañamente las luces como si le llamaran seductoras; en los arrabales hay rojizas fogatas que elevan sus lenguas a la altura, subrayando la sensación de misterioso alargamiento hacia arriba. Brilla lívidamente el Cigarral de Buenavista y allá, más lejos, junto al Tránsito, en el viejo barrio de la Judería, se multiplican menudas luces macilentas. Ante aquel panorama de puntos luminosos que se debaten en la oscuridad, el pintor medita sobre el extraño poder de aquellas llamas, de aquellas bujías hogareñas, tan pequeñitas en la realidad y que ahora vistas de lejos parecen tan grandes. Y haciendo de esta circunstancia un motivo de honda reflexión, un trascendental problema pictórico digno de vasto planeamiento, penetra en la imperial ciudad de Toledo el cretense Domenico Theotocópoulos.

*

Han transcurrido quince años; la ciudad y el artista, vale decir el hombre y el ambiente, se han compenetrado cabalmente. Cuadros de tema religioso y múltiples retratos, todo ejecutado en forma magistral, le han valido a Domenico la general admiración. Ya todo el mundo le conoce bajo el apodo familiar de "El Greco", a causa de su griega nacionalidad. Muchos y sonoros dineros ha ganado, pero asimismo los ha gastado en la adquisición, ajuar y sostenimiento de su casa. Hállase ésta situada al suroeste de la ciudad, incrustada en el barrio israelita, precisamente muy cerca de la sinagoga; es una antiquísima casa de la más castiza estampa: sus cimientos, de ciclópeo aparejo, denotan su romana ascendencia; suntuosamente restaurada en tiempos de los árabes, sirvióle de palacio al opulento judío Samuel Leví, tesorero del rey don Pedro I, apellidado "El Cruel". Más tarde fué habitada por el noble personaje, eminente sabio y literato don Enrique de Aragón, marqués de Villena, quien, encerrado en ella, acabó por perder el juicio dedicado a las oscuras artes de la nicromancia y la hechicería. Después de muerto el señor de Villena, deshabitada permaneció por largo tiempo; corrió la conseja de que por ella deambulaban fantásticos seres; las apariciones y los trasgos hiciéronla invisible. Solamente el Greco, sin prestar oídos a las medrosas referencias (ó quizá precisamente atraído por ellas) logra adquirirla por una modesta cantidad y amueblarla en forma conveniente. Comienza por aunar en su decoración la dignidad austera de su arquitectura con el lujo severo y masculino de los muebles y demás objetos del menaje, caracterizados por las formas propias de los estilos castellano y mudéjar de la época: las mesas y armarios de roble tallado, las sillas ornadas de primorosa guadamacilería; el hierro forjado en las cancelas y las lámparas; las pesadas alfombras de Damasco; las relucientes vajillas de Talavera y de Manises. Y allí instala también su biblioteca: hombre de superior cultura, lee a los clásicos en sus lenguas respectivas y se apasiona por ellos; allí están, hermosamente editados, sus libros predilectos: la Vulgata Latina, los poemas de Homero, las "Tragedias" de Eurípides, los tratados de Demós-
tenes, la "Política" y la "Física" d
tóteles, las "Vidas Paralelas" de Pl
exégesis de algunos santos padres;
de Ariosto; tratados profesionales de
vio, de Durero, de Leonardo. Y es
aquel ambiente de sobria distinción,
el Greco va a soñar, a amar, a pr
Por cierto que no vive solo: ha fo
un hogar, ya tiene un hijo; éste cuent
años y se llama Juan Manuel; su
la amorosa compañera del artista, es
Jerónima de las Cuevas, una toleda
pálido semblante y negros ojos que
apasionadamente. Gentes hay en Tol
no son pocas, que en mentideros y co
chismorrean a su sabor a propósit
"maridaje" del pintor griego con doña
nima; se afirma que ha sido concertad
detrás de la iglesia. Pero el pintor
de todo esto; ni formulismos religios
prejuicios sociales torturan su concie
¿no procede él acaso de Venecia, de
ciudad donde la vida es ancha y des
cupada? Cuenta, además, con nume
amigos, con cuanto tiene la ciudad de
ilustre; todos ellos han comenzado
admirar sus pinturas y han acabado s
cidos por la distinción de sus maneras,
la erudición de su cultura, por la graci
su ingenio. Sin embargo, la ciudad es
fundamente religiosa, las gentes extrem
mente devotas, la Santa Inquisición ce
vigilante e intransigente. Por eso el pi
decide congraciarse con las altas clases
ciales y para ello juzga que nada será
conveniente como organizar en su casa
serie de alegres y elegantes veladas;
se acallarán los maliciosos decires y se
llarán muchos labios chismosos. Pero a
surgen las dudas: ¿entrarán los orgullo
toledanos en la antigua casa de Samuel
ví? ¿Acudirán los altivos cristianos al bar
de la Judería? ¿Desdeñará su escrúpulo
amistad de un hogar formado sin los vín
los sagrados de un cristiano matrimoni
Pero cuando el receloso artista inicia la
rie de elegantes reuniones con que proyec
congraciarse con los escrupulosos toledan
ve complacido cómo sus invitados acud
oportuna y gratamente al convite; la ge
tileza del Greco y la distinción de do
Jerónima de las Cuevas anfitriona esplé
didamente la fiesta. En la quietud místic
de la noche toledana, la casa del Grec
bulle de cordial e inusitada alegría; en l
salones las damas de recamados terciopel
y los engolillados caballeros trenzan airosa
pavanas, mientras bajo los floridos grana
dos del jardín se recatan amorosamente la
parejas.

Espiritu afectivo, sociable en gran manera y fácilmente adaptable, el Greco ama profundamente el medio en que vive, la ciudad que le alberga, los numerosos hidalgos con quienes intima; inclusive ha llegado a ser uno de ellos; cualquiera le tomaría por un perfecto toledano: magro, pálido, negros la barba y el bigote, inteligente la mirada, aguileño y aristocrático el perfil. Todas las tardes, y cuando ya es de razón que descansen los pinceles de la diaria y fecunda jornada, el Greco toma su capa y su sombrero y se dirige al Cigarral de Buenavista. Allí le aguarda el consabido grupo de su contertulios; constituyendo una verdadera selección de ingenios redomados: religiosos, artistas, letrados y jurisconsultos. Allí están los monjes Tirso de Molina y Fray Félix de Paravicino; el genial Lope de Vega, fabricante de comedias de capa y espada; y Cervantes y Góngora y el padre Rivadeneyra; jamás "peña" alguna fué tan ilustre ni admirable. Allí se critica y discute sobre las últimas producciones nacionales y extranjeras. Por igual se hace referencia al más reciente epigrama de Lope como a la heroica estructura del poema que de ultramar acaba de traer un tal Alonso de Ercilla. Y es allí donde el Greco, respondiendo a la general curiosidad, informa sobre la manera, hasta ese momento para todos extraña, con que ha tratado su más reciente obra: "El entierro del Conde de Orgaz". Comienza por explicar cómo en el "Entierro", pintado para la iglesia de Santo Tomé, ha sacado el tema de la consabida tradición, según la cual cuando el difunto don Gonzalo Ruiz de Toledo, Conde de Orgaz, iba a ser depositado en su sepulcro, descendieron los santos Agustín y Esteban quienes no permitiendo que manos mortales tocaran tan ilustres despojos, cumplieron ellos mismos el acto misericordioso, delante de los numerosos y asombrados asistentes. En la parte baja del cuadro corre a lo largo un verdadero friso de figuras humanas formado por caballeros toledanos; en el centro se desarrolla la escena del enterramiento, mientras sobre la cabeza de los circunstantes y ocupando el medio punto de la parte superior, se abre de par en par la gloria para recibir el alma del devoto caballero. Aparece allí de nuevo el de Orgaz

ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ. — Verdadero friso de figuras humanas formado por caballeros toledanos; en el centro se desarrolla la escena del enterramiento, mientras sobre la cabeza de los circunstantes y ocupando el medio punto de la parte superior, se abre de par en par la gloria para recibir el alma del devoto caballero.

desnudo; a su lado los santos Agustín y Esteban, la virgen y san Pedro lo presentan a Jesucristo e interceden por él: los coros celestiales cantan regocijadamente la entrada en la gloria de alma tan digna de contemplar los esplendores de la celestial Jerusalén.

Entre los contertulios surge apasionada controversia a propósito de las dos partes en que el cuadro se divide: afirman unos que es más hermosa la baja, aquel friso de caballeros que son como el espejo de la masculina hidalguía castellana; y aquellos ornamentos que lucen los santos, prodigio de realidad; y aquel retrato de su pequeño hijo Juan Manuel señalando el milagro. Opinan otros que la parte superior constituye lo mejor de la obra, a causa de la intensidad expresiva de las figuras que pueblan los espacios celestes. Todos, sin embargo, han logrado ponerse de acuerdo en dos cosas: en que el cuadro es una positiva maravilla de la pintura, sin igual en su género, y en que es sobrecogedor el realismo con que está ejecutado. Pero, no obstante el general asentimiento, hay algo que los contertulios nunca hasta ahora han podido comprender cabalmente: son esos cuerpos alargados, esas figuras de inaudita longitud, pálidas, casi exangües, que se destacan sobre el oscuro fondo de sus cuadros, como acontece en el lienzo que representa a la virgen trayendo la casulla de san Ildefonso. Entonces el pintor explica cómo aquel alargamiento de sus figuras nace de su voluntad y de sus convicciones. Refiere su inolvidable impresión ante Toledo la noche en que la vió por vez primera, en que las pequeñas luces hogareñas se agigantaban en la oscuridad formando un efecto hasta entonces no advertido ni interpretado por pintor alguno. Vistas a distancia, aquellas luces eran como seres extraños, como el alma de los hombres perfilándose sobre los sombríos misterios de la eternidad. El fenómeno tiene una explicación física y una interpretación mística que a todos satisface. Por tal motivo alguno de los interlocutores aconseja al artista que haga pública tan nueva teoría, pues con ello, además, se logrará desvirtuar cierta especie que corre por ahí chismosamente: se dice que él, el Greco, padece de una rara enfermedad en la vista que le produce una defectuosa manera de ver las cosas y que, como consecuencia, en sus cuadros aparecen estos cuerpos alargados, perfilados hacia arriba como llamas. Es necesario destruir la leyenda; resulta indigno que lo que es producto de un lúcido y deliberado proceso, sea interpretado como resultado de un defecto visual. Si cunde y se propaga la mal intencionada conseja, la reputación profesional del Greco sufrirá grandemente; por eso cuando la tertulia ha terminado y todos regresan a sus casas, el pintor penetra en su estudio, toma los pinceles, traza sobre una vista panorámica de Toledo un grupo de ángeles que vuelan formando una corona; indignado por la idea de que haya quienes le atribuyan un padecimiento de los ojos, traza aquellas figuras de ángeles más alargadas que nunca; parecen hijas del furor y de la indignación. En el primer término del panorama retrata de nuevo a su hijo Juan Manuel en actitud de enseñar al espectador el extenso plano de la villa imperial, y allí mismo, en el lugar más visible, escribe con firmes caracteres los siguientes renglones, que constituyen al mismo tiempo que su rotundo mentís a cuantos pretenden calumniarlo, su profesión de fe en uno de esos puntos básicos en que se apoya la estética moderna y que se conoce con el nombre de "exaltación expresiva de las formas": "También en la historia de nuestra señora que trae la casulla de san Ildefonso, por su ornato que hacen las figuras más grandes, me he valido en cierta manera de ser cuerpos celestiales, como vemos en las luces, que vistas de lejos, por pequeñas que sean, nos parecen grandes".



EL GRECO. . la vejez, los ojos febriles, la mirada dulce. .

Bien sabía Domenico Theotocópoulos lo que estaba haciendo; su obra es hija de la clarividencia, del convencimiento, de esa virtud capital sobre la cual se finca la fe de los grandes visionarios, de los idealistas y los místicos; y esto fué precisamente el Greco: un idealista, un místico y un visionario. Nada de ello había en él antes de su llegada a Toledo; no parecen un mismo hombre aquel joven que pintó en Parma el cuadro de Jesús curando al ciego, con su vibrante colorido y sus figuras de canon rechoncho, y el autor de la extensa obra que nos lo muestra como un maduro pintor en absoluto compenetrado con el espíritu religioso de la austera ciudad en que vive. ¿Qué curiosa transformación se ha realizado en este hombre? Ciertamente que no parece el mismo. Aquel despreocupado mozo que llegara a Toledo hace ya tantos años, el que dilapidara largamente el producto de su trabajo en fiestas elegantes y sabrosos convites, el que viviera no muy honestamente con una bella toledana, sin escrúpulo alguno de conciencia, ha ido poco a poco tornándose en un grave y contemplativo varón. Quizá influído por las frecuentes pláticas que gusta sostener con su grande amigo el exaltado teólogo Fray Félix de Paravicino, sus convicciones religiosas se han fortalecido y sus místicas divagaciones se han dilatado desmesuradamente. Se ha convertido en un visionario y en un atormentado cuyo superior poder de representación alcanza límites insospechados; se diría que ya no pinta cuerpos sino almas. ¡Ah, es que el poder extraño y eternamente místico de Castilla lo ha poseído por completo, haciendo de él el "medium" de su más íntima y sincera expresión! Es que la ciudad entera, que en estos momentos cuenta entre su murado recinto doscientas iglesias y veinte monasterios, se le ha metido alma adentro con toda la fuerza de su religiosa intensidad. Y el pintor ha visto y comprendido que todo en ella es mística, hasta el mismo pecado, hasta el oscuro comercio sexual que deambula nocturno por las callejuelas miserables. También esta última y libidinosa miseria de su ciudad quiere expresarla fielmente el alucinado cretense y para ello traza la más enigmática y atormentada pintura que conocieron los siglos: es aquel cuadro que se ha dado en llamar "El Amor Profano" y en el cual aparece arrodillada en primer término la figura de un muchacho de agigantada estatura que levanta una enorme tela y deja al descubierto un grupo de hombres y mujeres desnudos. Al realizar tan sorprendente hallazgo el joven se hinca y eleva los brazos al cielo, clamando angustiadamente perdón para las tristes criaturas sorprendidas bajo la complicidad de aquella enorme y encubridora manta; los pecadores, arrepentidos confiesan su culpa, muéstranse compungidos y tal parece como si así desnudos viesen más claramente la miseria de su deseo febril, sus carnes marchitas en la indecible tristeza de los goces saciados.

Faltaba en la extensa obra del Greco, que es toda ella como la cumplida iconografía de Toledo, de sus gentes y de su idiosincrasia, esta página alusiva a la frase oscura de su pecaminosa existencia, y al intentar interpretarla, produce una obra no menos intensamente mística que cualquiera de sus más exaltadas visiones celestes. Mística, sí, porque allí las desnudas carnes pecadoras abrazadas en el ardor de la pasión lucen como llamas convulsas, como esas lívidas llamas que columbrara en el remoto barrio de la Judería la noche de su llegada a la ciudad: como esas luces que, según su propia expresión, "vistas de lejos, por pequeñas que sean, nos parecen grandes".

Luis Alberto ACUÑA.

(De "El Tiempo", de Bogotá).

NUEST



La palmera del Cura. Raro ejemplar que llama la atención a cuantos botánicos la contemplan. A un metro y medio del tronco le brotaron circular y simétricamente siete vástagos que han crecido a la par, formando un conjunto imponente de verde y oro cuando sazona el fruto. Para conservar este prodigio de la naturaleza, se la sujeta con una armazón de pies y cintas metálicas

LA vida del hombre se recrea en símbolos. La historia, y más concretamente la historia de la cultura, es una cronología de símbolos. La historia de un pueblo, su influencia en la historia universal, depende de la cantidad y calidad de los símbolos que aporta al desenvolvimiento del espíritu. ¿Cuál será el aporte de España en ese sentido? En el siglo pasado dijo Guizot que podía escribirse la historia universal sin mencionar a España, frase en consonancia con la famosa "boutade" de Sarmiento: "Opino porque se colonice España..." Lo que no era óbice para que Sarmiento fuera temperamentalmente tan español como Don Quijote. Sin embargo, muy otras son las opiniones de sabios investigadores como el norteamericano Jorge Ticknor, del alemán Carlos Vossler, del italiano Arturo Farinelli, del inglés Jaime Fitzmaurice Kelly, de los franceses Ernesto y Enrique Merimée, padre e hijo, además de los españoles Rafael Altamira, Marcelino Menéndez Pelayo y Ramón Menéndez Pidal. Estos testimonios, como los de tantos publicistas que sería prolijo citar, coinciden en que si algún país se halla vinculado al concepto universal de la historia, en los hechos y en la creación de símbolos, es España.

La iconografía hispánica de más arraigo popular, la vinculada a las tradiciones locales, es hoy en día liturgia; los símbolos de la recreación espiritual española los representan santos de la Capadocia o la Tebaida de utilitaria milagrería. Si ellos fuesen el impulso vital de nuestro pueblo, entonces sí podríamos decir que España no tiene contenido universal. La decadencia española fomenta este descastamiento menospreciador de lo vernáculo, aunque hable de la tradición en tópicos altisonantes evidenciadores de bajas intenciones.

Es curioso notar cómo en la recreación de símbolos el genio español se desdobla preferentemente en tipos femeninos. Ningún santo de nuestro calendario puede compararse a Santa Teresa de Jesús, aunque en empresa política la supere San Vicente Ferrer. Ningún rey de tanto relieve histórico como Isabel la Católica. Es curioso también, que el fundamental aporte simbólico de España a la cultura de Occidente, el del saber, sea de una figura femenina, "La Celestina", de Fernando de Rojas. Los nombres de las tres carabelas del descubrimiento, fueron típicos decires femeninos; "La Pinta", "La Niña" y "Santa María", como igualmente la "Victoria", definidora, con Magallanes y Elcano, de la redondez de la Tierra. El culto católico a la Virgen rebasa, en España, toda posibilidad comparativa, expresión galante, blasfemia, saeta y rezo, de culto a la mujer. Un psicoanalista podría sacar profundas consecuencias sobre la raíz anímica española, tan masculinamente diferenciada, que vive en obsesión ilusionista del tipo opuesto de diferenciación femenina. Esta obsesión es ancestral, y sigue gravitando sobre nuestro espíritu como gravitaba sobre el alma de Don Quijote, realidad de ensueño de su Dulcinea, como se renovaba en la apetencia insatisfecha de Don Juan. Un italiano universal, Dante, personalizó en Beatriz ese mismo aliento femenino, pero es una consolación ante el pasado muerto, mientras que en el español es una voluntad de perfección y posesión inalcanzable.

Respondiendo a esta constante femenina de nuestra cultura, no es por azar que el primer testimonio de nuestro arte, o por lo menos la primera obra acabada del genio español que el tiempo ha conservado, sea un tipo femenino, el busto internacionalmente conocido de "La Dama de Elche". La investigación erudita se ha afanado en catalogar este portento de la escultura entre las diferentes culturas mediterráneas de antes de nuestra era. Menéndez Pelayo, en el tomo primero de su "Historia de los Heterodoxos", resume el punto con los siguientes datos: "En el Museo del Louvre (hoy se halla ya en España), el busto está oficialmente catalogado como de estilo greco asiático, y a tal clasificación asienten L. Heuzey y P. París; pero Teodoro Reinach insiste en tenerle por obra pura del cincel griego, y más determinadamente jonio y focense, puesto que este origen tenían las tres o cuatro colonias existentes en aquella parte del litoral Mediterráneo, siendo Hemeroscopion la más vecina a Elche, que Reinach identifica con la ciudad Hernea, de Avieno, límite de los tartesios; pero Camilo Julián ha hecho notar, en un interesante estudio histórico, que aunque los focenses habían aportado a nuestras playas, entre los años



Este labriego ilicitano, especialista en el cultivo de las palmeras, no envidia a los negritos de la Guinea o del Caribe en subir y bajar por el tronco cimbreante. Los racimos de dátiles forman cascada de oro bajo el copo somnoliento de las palmas.



La Dama de Elche. Como obra del espíri... espadas. Piedra de nuestra piedra, sangre d...

DAMA



español más que todos los santos y todas las Verbo de nuestro Verbo, sueño de nuestro

620 a 640 antes de la era cristiana, ya en 535 habían sido suplantados por los cartagineses, cuyo dominio marítimo persistió hasta la batalla de Himera en 480. De aquí deduce Julián que, si el busto de Elche es una obra helénica, producida entre los años 500 y 450, no puede ser debida más que "a un meteco focense, a un hijo de la Jonia vencida, extraviado en tierra bárbara". El mismo Reinach observa, por otra parte, que el tipo étnico de la dama de Elche no es griego; que la complicación y aparato del tocado reproduce fielmente las modas españolas, y que el collar es fenicio"...

Para el helenista francés, Pedro Paris, tan profundo conocedor de las civilizaciones ibéricas, la Dama de Elche es indudablemente ibero-griega, labrada por un escultor español. Pero la exclamación de un artista, impresión exaltada de la realidad, ha definido mejor que nadie la autenticidad simbólica del busto: "Me ha parecido... una valenciana", dijo doña Emilia Pardo Bazán al contemplarlo por primera vez. Y es cierto que el rostro de la Dama de Elche corresponde al de la mujer alicantina de nuestras playas. Hoy, como 500 años antes de Jesucristo, se reproduce el mismo rostro ovalado de nariz fina y acentuado mentón, labio carnoso, frente media, ojos espaciados de acabada elíptica de dátil. Ella expresa hierática majestad fenicia, tacto de planos que el genio helénico desembarcó en nuestro levante, claridad de mar latino en horizonte dilatado, y ese recamado de auténtica raíz ibérica que se desborda para realce y encuadramiento del rostro. Sólo un artista de nuestra estirpe ibérica, trabajado por las confluencias espirituales de su tiempo, podía dar forma artística a esta realidad femenina. Si la cultura fenicia creó ritos, la griega cuerpo y forma y la latina se revistió con la túnica del precepto, la cultura ibérica anunciaba la complejidad barroca. Comenzó siendo mestizaje, crisol, donde se fundía un nuevo estilo de vida de resonancia universal.

En estas tierras de secano, paisaje de olivos, algarrobos, almendros, granados y palmeras, se hizo llama la obsesión femenina del espíritu hispánico. Y Elche, donde confluyen Oriente y Occidente, la magia de las culturas semíticas, la forma grecolatina y la sensualidad aborigen, es el escenario único para el rito obsesionante de nuestra hambre de lo femenino eterno. Gracias al signo interrogante de las palmeras, la tierra alicantina da continuidad africana al paisaje que escinde el mar. Las palmeras son el signo que indica la persistencia en España de las fuerzas instintivas, remozando con ellas al hombre europeo, decadente por exceso de cerebralismo. Las palmeras baten la claridad azul del paisaje, y en esta luz de tonos grises difuminados, se concibe pudiera labrarse la piedra imagen de nuestra feminidad primigenia. Las palmeras son columnas cimbreantes del templo de Nuestra Dama. Y en ella es forma y fondo, ritmo y cadencia, alma esencial nuestra. Como obra del espíritu ella define lo español más que todos los santos y todas las espadas. Es la España de siempre, desde más de mil años antes de Recaredo, anterior a todos los concilios, y sigue hablándonos su mirada de Esfinge de la aurora ibérica, del eclipse de hoy y de la superación de siempre. Ella es mágica expresión de la España crisol del hombre universal, ruta de todos los pueblos, recostada sobre la sierra y mirando al mar.

La historia no es liturgia ni rito sino emoción consciente de nuestro pasado, y esta maravillosa piedra de la Dama de Elche, obra, indudablemente, de un genio ibérico reelaborado por la asimilación de extrañas culturas, tiene la virtud de remecer las aguas dormidas de nuestra conciencia, haciéndonos revivir lo que España es y será una vez superado el presente infortunio.

Si los símbolos, para que ejerzcan favorable reacción en el espíritu del hombre, han de brotar de su íntima entraña creadora, ninguno tan fundido a nuestra vida como el de Nuestra Dama. Es piedra de nuestra piedra, sangre de nuestra sangre.

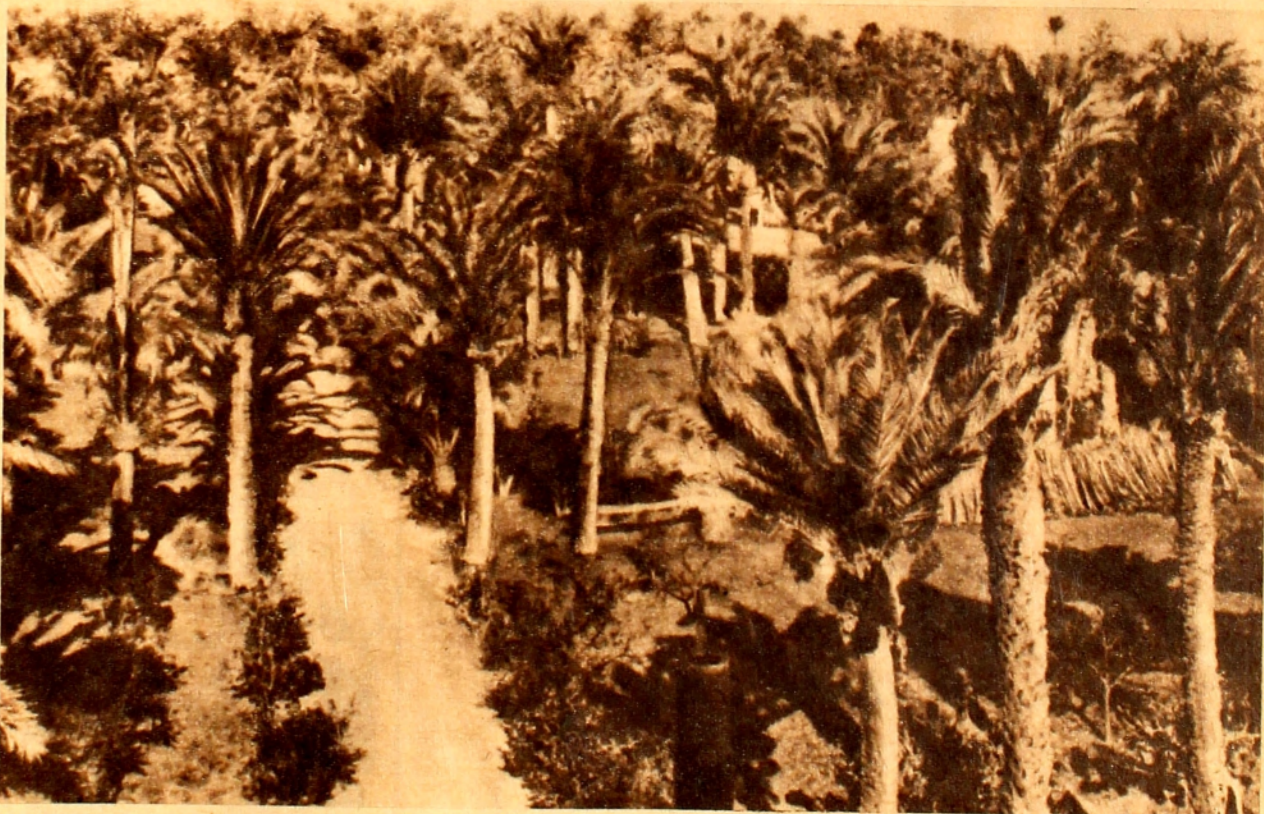
Verbo de nuestro Verbo; sueno de nuestro sueño. Maravillosa ilusión yacente bajo tierra que un día revivió al conjuro de las cigarras bajo el sol y del tañido de los mochuelos bajo la luna. Su presencia reanimó el paisaje de palmeras y almendros en flor, sobre un fondo de mar dormido.

F. FERRANDIZ ALBORZ

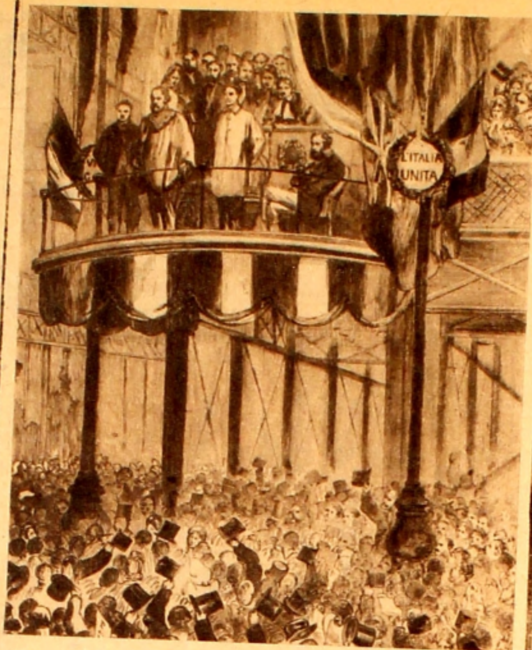
Alicante (España,) Agosto 1947.



Los caminos aledaños de Elche se hallan bordeados de estas elegantes líneas vegetales. Sombra y brisa leves. Paisaje con reverberación bíblica y horizonte helénico.



Elche es un bosque de palmeras. Es el único lugar de Europa que se enorgullece de su raigambre africana. Importadas por los fenicios, por los cartagineses o por los árabes; Elche las conserva y multiplica con deleite artístico. La República vinculó las palmeras ilicitanas al tesoro artístico nacional.



Garibaldi en el Palacio de Cristal.



Encuentro de Garibaldi y Tennyson en Ratinglord, isla de Wight.

CRONICAS RETROSPECTIVAS:

GARIBALDI en LONDRES

La recepción que el pueblo inglés hiciera a Garibaldi, cuando visitó Inglaterra en el año 1864, tuvo tales proporciones de grandeza que sorprendió a los propios ingleses, pues no esperaban, y así lo manifestaron en las crónicas del acontecimiento, "un entusiasmo que sobrepasó los límites más optimistas". En una revista de la época, "The Illustrated London News", encontramos la minuciosa reseña hecha desde el momento de su llegada, ilustrándose las crónicas con innumerables y excelentes dibujos a pluma, algunos de los cuales reproducimos en estas páginas para acrecer la numerosa, pero nunca suficiente iconografía del héroe, con estos apuntes tomados del natural, y en ocasión tan solemne.

Las manifestaciones entusiastas no excluían la presencia de damas "elegantemente ataviadas" — lo que en ese instante no era por cierto habitual; y si abundaron las banderas e insignias, "no había ninguna política y oficial, perteneciendo a congregaciones". Garibaldi vestía "el uniforme con que siempre se le vió en público: aquel que llevó como Jefe de la Legión Italiana en Montevideo, poncho gris, gorra de "Garibaldi" y blusa roja".

No carece de interés, ciertamente, la nota editorial de la revista que citamos, dan-



El Consejo Municipal de Southampton da la bienvenida a Garibaldi.

do la bienvenida a Garibaldi, y decía así:

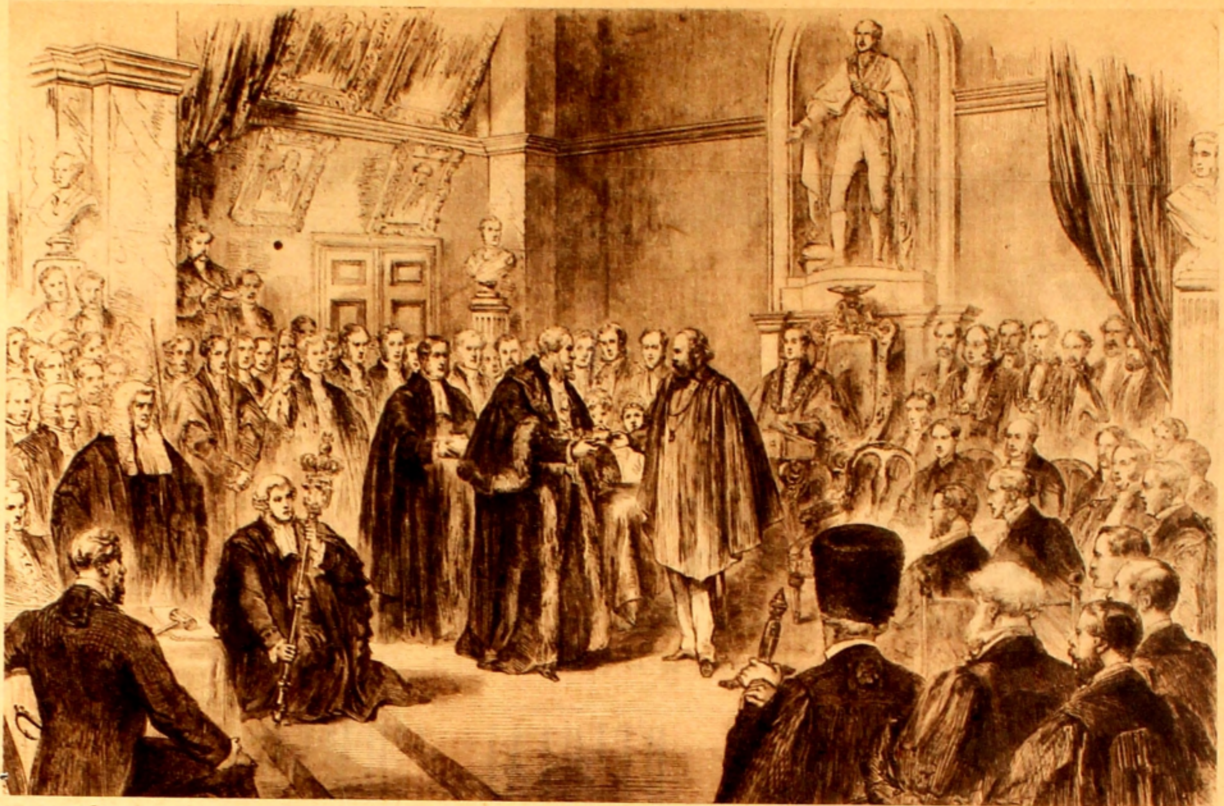
"No nos extrañamos de la sorpresa que ha producido en el extranjero el recibimiento hecho por nuestro pueblo al General Garibaldi; la demostración asumió tales proporciones de grandeza, que también nos sorprendió a nosotros. Desde que Inglaterra es nación, nunca se manifestó tan calurosamente en el recibimiento de ningún extranjero, cualquiera fuera su importancia, como la tributada al héroe de Marsala, y al soldado herido de Aspromonte. Temíamos que nuestros compatriotas encontraran cierta dificultad para manifestarse en armonía con la majestuosa simplicidad del carácter de Garibaldi. Estábamos equivocados. Estuvieron a la altura de las circunstancias. Sus saludos efusivos y sinceros fueron apreciados por el ilustre huésped con mucha mayor emoción de la que hubiera podido obtenerse en la ceremonia más imponente.

Somos un pueblo de exterior frío, difícilmente excitable, casi siempre generoso de nuestras simpatías, pero reservados en cuanto a la expresión de ellas. No estamos como otros pueblos lo están, de acuerdo su exterior y el alma. Pero cuando una nación tan poco impresionable da rienda suelta a sus sentimientos más íntimos, el efecto resulta maravilloso. Garibaldi ha tocado el resorte escondido de nuestra emoción nacional como ningún hombre lo había hecho antes, y cada nervio del cuerpo político ha sentido el entusiasmo de una nueva vida...

Los que buscan algún secreto político detrás de esta explosión de entusiasmo que los asombró, deben pensar que una demostración tal no puede prepararse en ningún país; y menos en un país como éste. Debe admitirse que, si el nombre de Garibaldi ejerce una influencia tal sobre las clases sociales, e inspira un setnimiento común de afecto y apasionada admiración, lo mismo entre la nobleza que entre la clase media, o entre los desamparados, debe existir algo más que un motivo político que origine ese fenómeno. Ni los gobernantes, ni los agitadores, podrían haber logrado que toda la sociedad inglesa, en todos sus grados e intereses, se prestaran a servir de comparsas. Para impulsar todos los corazones hacia un mismo objetivo, como las hojas de los árboles en un bosque se mueven al impulso de la brisa, no se puede emplear ni la diplomacia ni la conspiración. El misterio está tan cerca de la superficie que los políticos no lo ven. Buscan una maquinación, cuando no hay maquinación ninguna. Nuestro gran bardo dramático podría haberles enseñado algo mejor: tres siglos antes había puesto en uno de sus admirables versos, el motivo del entusiasmo con que había sido recibido Garibaldi.

Y sin embargo, Inglaterra no tiene ningún interés mezquino en la fama del gran patriota italiano. No corre por sus venas sangre real; no pertenece a la nobleza; es un plebeyo; es pobre; es extranjero. Y sin embargo, Inglaterra ha descubierto en ese hombre algo que hizo lo recibiera con tales homenajes que muchos reyes los hubieran deseado para ellos. La explicación no está sin embargo muy lejos. La maravillosa carrera de Garibaldi es de ese tipo que hace un llamamiento a la natural simpatía de la raza británica. Un alma que resplandece con el interés moral de la vida; una combinación tal de cualidades que ha dominado, sin buscarlo, los sentimientos que yacen profundamente en el seno de nuestros compatriotas. Un héroe más espectacular, hasta con una historia más romántica que la de Garibaldi, no los habría ganado con tanta facilidad, ni tan completamente. El hombre ha penetrado en nuestro corazón con un poder tan silencioso que encanta sentirlo.

El nombre de Garibaldi es en este momento el símbolo popular de la unidad nacional, independencia, y libertad; y el homenaje que ha sido dispensado a ese nombre por todas partes, y por todas las clases sociales de Inglaterra, no puede significar para los estadistas extranjeros más motivo de gravedad que el de ejercer una influencia liberadora en la opinión pública de otros países. Diplomáticamente, dejamos al Gobierno que hable por nosotros; moralmente, la Nación habló por sí misma. Ni los potentados de Europa, ni los pueblos, pueden ignorar por lo tanto el verdadero sentimiento nacional de Gran Bretaña en relación a la causa de la que Garibaldi es su más fiel exponente; y estos acontecimientos estarán presentes en la mente de los gobernantes y de sus consejeros cuando deban decidir si se inclinarán hacia el liberalismo, o si se apartaran de él al formular los programas por los que gobernarán a sus respectivos pueblos".



Presentación a las autoridades del Gueldhall de Londres.



Asamblea en el Palacio Stafford en honor de Garibaldi



Garibaldi en Charing Cross, a su llegada a Londres.

CAMINOS y SENDEROS de FRANCIA



Vista del puente de Avignon sobre el Rhone

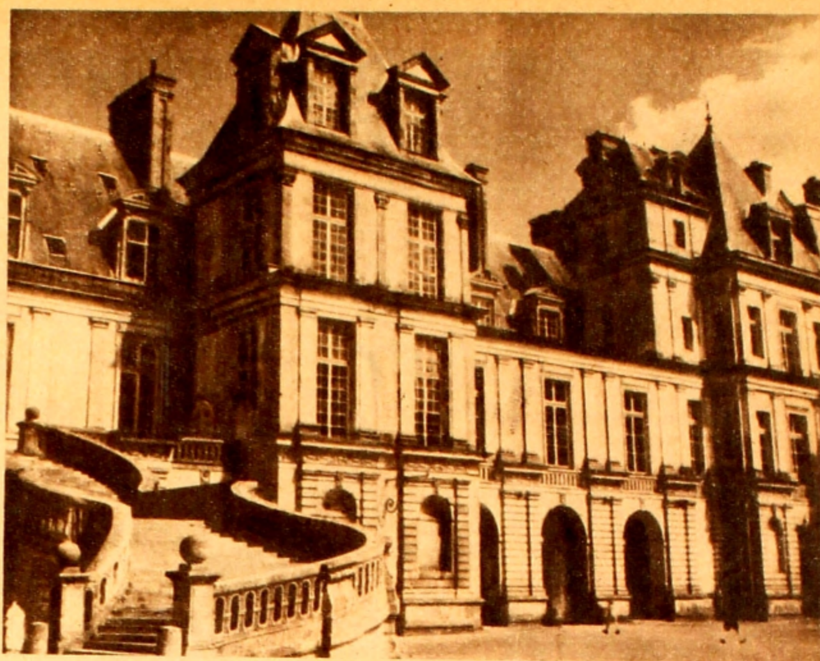
LAS grandes carreteras son comparables a los trenes: sólo se toman para viajar; sirven para las largas distancias. Pero la marcha a pie, los trabajos campestres, la caza, la excursión y la vida rural requieren otras redes. Y si quieren adquirirse algunas nociones verdaderas, precisas, vivas, de las colinas de Flandes, de la meseta de Stausses, de la isla de Ré, blanca, yodada, impregnada de sutileza, o de la Limagne, de la Cuenca del Ródano, del Quercy; si quieren contemplarse a placer o ver de cerca, como suele decirse, los corderos del Berry, los olivos de Provenza, los caballos del Perche, los bueyes del Morvan o los pavos de la Alta Loire, hay que internarse por caminos y a veces aventurarse en senderos intrincados, es decir, penetrar en lo vivo de una comarca, por esas vías que fueron también las de la historia, de la instrucción, de la unidad y, muy cerca de nosotros, las de la Liberación. Entonces aparece Francia con sus bienes, sus manías, sus gustos, sus colores, su vocación, y su duración. No son los paisajes ilustres, los lugares escogidos, o los puntos de vista más bellos, los que pueden saborearse desde una ventanilla de tren o desde un coche demasiado veloz; más bien se diría que sólo es como rebanadas de vida lo que se percibe desde ellos. Uno se confunde con la naturaleza, se respira con ella y participa en su funcionamiento, al transitar por los caminos locales. Y el camino que realiza las comunicaciones entre dos pueblos aislados, el sendero que busca el lugar débil del bosque para atacarlo y vencerlo, tienen a veces tanto mérito, grandeza, sello, gracia o nobleza como otros recuerdos: el hotel Cujas de Bourges, el patio de honor del castillo de Crignan, la prefectura de Cháteauroux, la escalera en forma de herradura de Fontainebleau o el castillo de George Sand en Nohant. El camino más insignificante tiene su pasado, su leyenda y su dignidad. Sus hilos tienen cosidos a todos los departamentos de la República; él es el encargado de los enlaces allí donde la carretera no se ha podido trazar. El es quien une para el bien de la causa la cabeza de partido al distrito, el distrito al cantón, el cantón a los pueblos, y los pueblos a las granjas perdidas. El es quien conduce insensiblemente del prefecto al leñador y de la musa del departamento a la pastora, de los bellos hoteles de Poitiers o de Dijon, a las lagunas, a las grutas, a los curanderos. El es quien descubre al destilador de aguardiente en su choza fáustica, al entendido en ahumados y salazones que no entrega su secreto a los comerciantes de los grandes centros, a la bruja, al cestero, al ermitaño, y, a veces, en medio de esta población espaciada, prudente, sedentaria, a algún gentilhombre extraviado, ansioso de soledad, de setas y de pájaros, cuando no se trata de un artista mortalmente reñido con París, y cuya única ambición es la de aplicar el consejo de Goethe: "Aléjate de ese ruido..."



El puente del Lobo. Viaducto sobre la ruta de los Alpes Marítimos.



Casa de Juana de Arco, en Chinon.

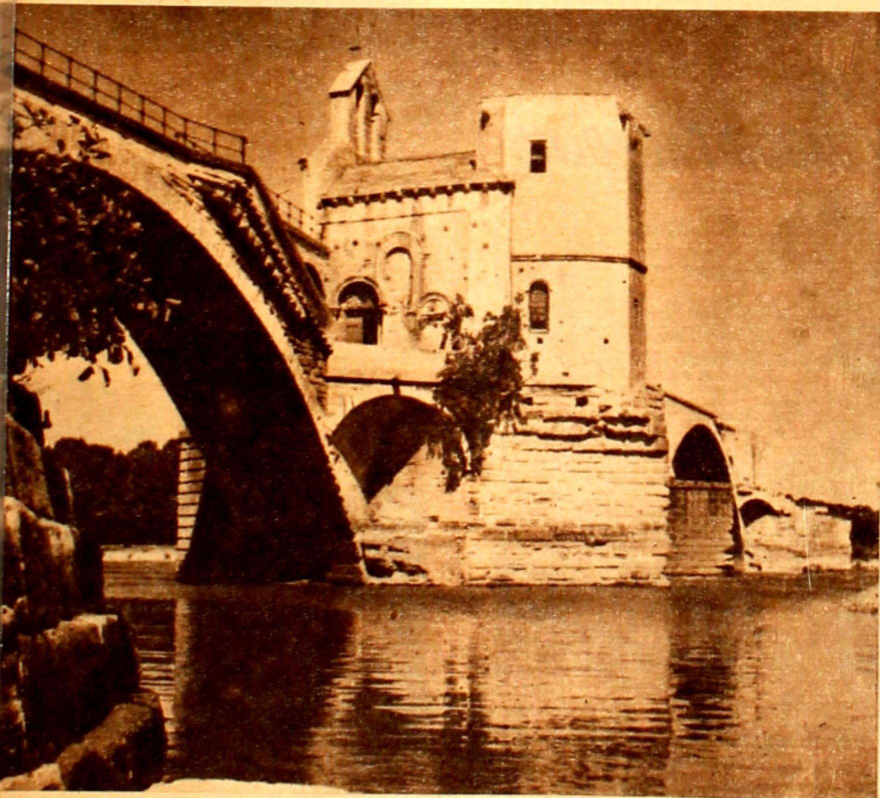


Castillo de Fontainebleau. Detalle de la fachada, con la escalera en forma de herradura.

Es preciso que cada uno, a su vez, interrogue a ese nuevo mundo, o más bien a ese primer mundo sin modas ni periódicos, simplemente laborioso, legible y sano, del que parten hacia las ciudades alimentos y productos. Es preciso que cada cual confíe en su inspiración, y se remonte a los pájaros, a los animales, a los insectos, después a las leyendas que circulan, después a la esperanza oculta en ese tumulto, si quiere comprender el secreto de las cosas. Una multitud de senderos lo invitan por todas partes. Ningún vehículo pasa aparte de los carros agrícolas. No es el pasado sino la eternidad. Y así se comprende que las primeras ceremonias humanas fueron agrestes. Así, todos esos caminos que serpentean entre cañadas y cortinas de árboles, esos caminos que son como confidencias de un pueblo a otro, son rutas de serenidad, signos de fé y de fiesta. No fueron trazados al azar. Las necesidades de los hombres fueron las que los crearon cuando los hombres se desplazaban para buscar dioses. Que vuelva la primavera sobre tantos paisajes que hechizaron a los pintores y todo esto podrá verse.

(Exclusivo para el Suplemento de EL DIA). Artículo inédito de

André BEUCLER



El celebre puente de Avignon.



"Viking", el barco principal de la flota "Erikson" y "Pamir", anclados en las aguas calmas de una bahía en las islas Aaland.



El carpintero de un buque a vela es un artista con su hacha. Aquí vemos a uno de ellos haciendo una rueda.

Ultimo Refugio de los Barcos de Vela

EL último refugio de las flotas de buques mercantes a vela se encuentra en las islas Aaland, donde actualmente se hacen preparativos febriles. Los capitanes de los "windjammers" son marinos excelentes; y han de serlo, ya que sólo su habilidad salva a sus barcos, que carecen de hélice y máquinas, cuando se ven en peligro de ser estrellados contra las rocas por la tempestad. El diario de navegación del "Passat", por ejemplo, que hizo un viaje de 81 días el invierno pasado, yendo de Mariehamn, cerca de Suecia, hasta Capetown, en el Africa del Sur y que se encuentra ahora en las Aaland, constituye para el lector un documento conmovedor. Pero para el marino no es más que una lista de accidentes. (Reuter Features).



A los marinos de Aaland les gustan los barcos viejos y las casas nuevas. Esta es una casa típica perteneciente a un capitán, y aquí descansa hasta que vuelve a hacerse a la mar.



Gustaf Brikson de Mariehamn, a pesar de sus 75 años es todo un marino. Es el último de los propietarios de buques a vela grandes, y el rey sin corona de las islas Aaland. Aquí se le ve a bordo del "Viking", el principal buque de su flota que tiene cuatro mástiles.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

PISTA FRESCA!

EL PROYECTIL DIRIGIDO CONTRA TARZÁN LE HABÍA ERRADO POR UNA FRACCIÓN. UNA ADVERTENCIA ERA SUFICIENTE. EN UN MOMENTO, EL HOMBRE DE LA SELVA DESAPARECIÓ EN ABISMO VERDE DEL BOSQUE.



"ASESINOS CON BASTONES DE FUEGO NO QUIEREN QUE ENTREMOS EN ESTA TIERRA," MURMURÓ EL HOMBRE-MONO. "VAMOS! COMO NUMA, EL LEÓN, PERSEGUIREMOS A LOS QUE ESTÁN EMBOSCADOS!"



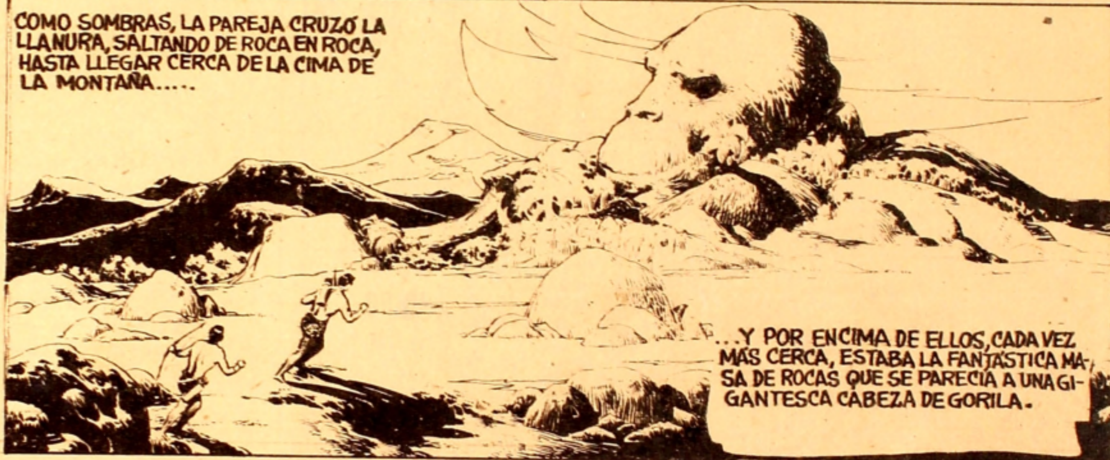
"HEMOS SIDO DEMASIADO LENTOS, OM-AT. NUESTRA PRESA HA HUIDO. ESTE MÁGICO CILINDRO CONTENÍA EL MENSAJERO DE PLOMO QUE BUSCABA NUESTRAS VIDAS," DIJO TARZÁN UN MOMENTO MÁS TARDE.





TARZÁN SIGUIÓ LAS HUELLAS EN EL POLVO DURANTE UN CORTO TRAYECTO Y SE DETUVO. "UN HOMBRE BLANCO CON BOTAS," MURMURÓ. "NO LO SEGUIREMOS-- BUSCO ALGO MÁS IMPORTANTE."

COMO SOMBRAS, LA PAREJA CRUZÓ LA LLANURA, SALTANDO DE ROCA EN ROCA, HASTA LLEGAR CERCA DE LA CIMA DE LA MONTAÑA.....



...Y POR ENCIMA DE ELLOS, CADA VEZ MÁS CERCA, ESTABA LA FANTÁSTICA MASA DE ROCAS QUE SE PARECÍA A UNA GIGANTESCA CABEZA DE GORILA.

AL FIN, CASI AL TERMINAR LA FALDA, LLEGARON A UN LUGAR EN QUE EL FUEGO NO HABÍA DEJADO MÁS QUE LAS CENIZAS DE LA SELVA VIRGEN....



...Y ALLÍ DESCUBRIÓ TARZÁN LOS RESTOS ENNEGRECIDOS DE UN AVIÓN DE TRANSPORTE.

DURANTE LARGO TIEMPO BUSCÓ TARZÁN ALGUNA PISTA DE JANE, PERO SIN ÉXITO. NO SE VEÍA TRAZA ALGUNA DE NINGÚN SOBREVIVIENTE--EL FUEGO LO HABÍA DESTRUÍDO TODO.



DE ESTE ACCIDENTE HABÍA SIDO TESTIGO EN LA VISIÓN, Y SIN EMBARGO--HABÍA ESPERADO ALGO MÁS--ALGUNA PEQUEÑA COSA QUE LE DIERA ESPERANZAS. UNA AHOGADA EXCLAMACIÓN DE OM-AT LO LLAMÓ A LA REALIDAD.



"TARZÁN-JAD-GURU, ENCONTRÉ ESTO," DIJO OM-AT. "LOS EXTRAÑOS SIGNOS PODRÁN DECIRTE ALGO DE TU MUJER PERDIDA!"

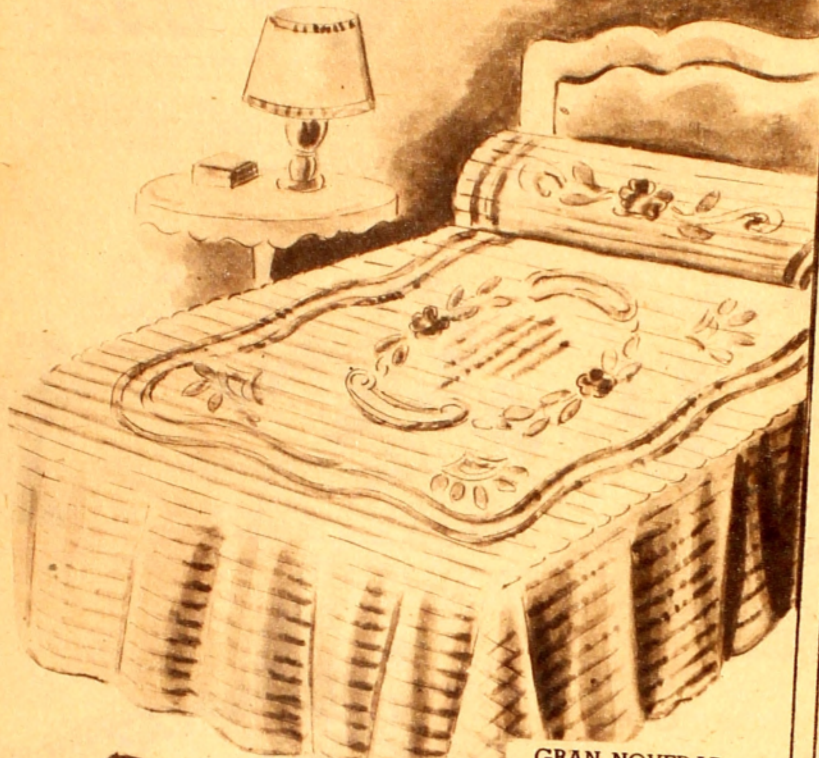


CON GRAVEDAD LEYÓ EL SEÑOR DE LA SELVA LA ADVERTENCIA. "SÍ," DIJO "ESTAS PALABRAS HABLAN CON MUCHA CLARIDAD Y ME DICEN QUE CUANDO ENCUENTRE A LOS QUE ESCRIBIERON ESTO, HABRÉ ENCONTRADO A MI COMPAÑERA".

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR



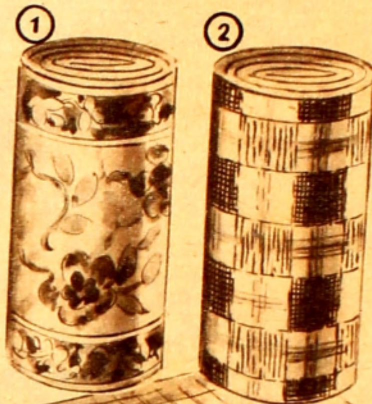
GRAN NOVEDAD
Colchas Americanas de CHENILLE
para 2 plazas $ 35.00
para 1 plaza $ 30.00 c/u

ALFOMBRAS
Belgas de gran calidad en dibujos futuristas. Medida: 0.60 x 1.20, el par
$ 25.00

JUEGO MANTEL
para té en rica tela panamá, colores de gran distinción. Medida: 1.20 x 1.20 con 4 servilletas el juego $ 4.80

CARPETAS
para mesa en bonitos estampados y colores Medida: 1.30 x 1.30 c/u
$ 5.50

Su hogar será un ejemplo de CONFORT y DISTINCION



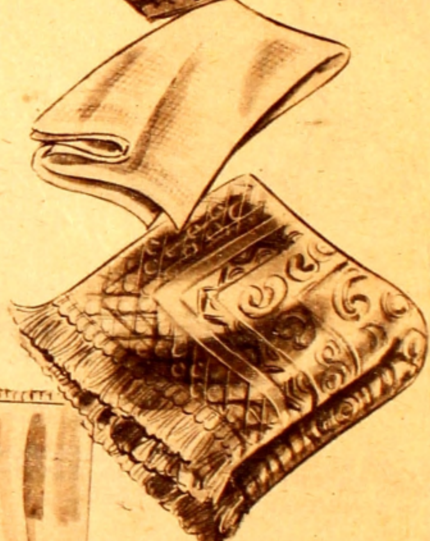
(1) **GRAN OPORTUNIDAD** Caminero de hule tipo LINOLEUM, ancho Mt. 0.60, el metro $ 1.50

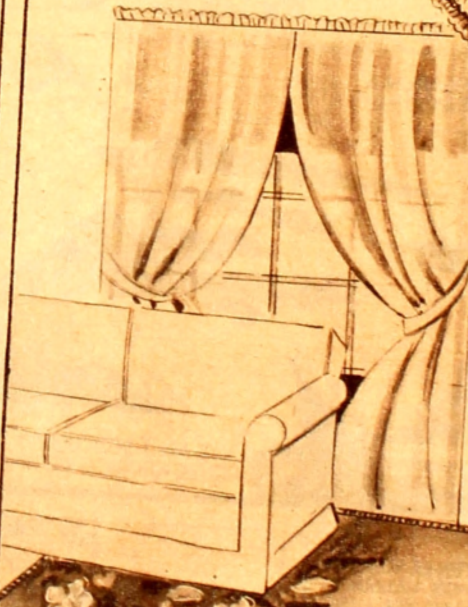
(2) **CAMINERO DE YUTE** en bonitos gustos escoceses. Ancho Mt. 0.60, el Mt. $ 4.00
Ancho Mt. 0.45 el metro $ 3.00

FELPUDOS en fibra de coco. Medidas:
0.40 x 0.80 c/u $ 3.40,
0.35 x 0.70 c/u $ 3.00,
0.30 x 0.60 c/u $ 2.40

TOALLAS tipo panal blancas. Medidas: 0.55 x 1.00. Precio reclame c/u $ 1.20

COLCHAS Italianas mercerizadas en gran variedad de colores lisos. Para 2 plazas c/u $ 17.00





VOILE de SEDA para visillos en color ocre y blanco. Ancho Mt: 0.95, el metro $ 2.20

ALFOMBRAS Belgas gustos y colores muy novedosos: Medida: 1.20 x 1.80 c/u $ 36.00



EN NUESTRAS TRES CASAS

CASA MATRIZ	SUC. GOES	SUC. CORDON
Av. AGRACIADA 2302 ESQ. M. SOSA	Av. GAL. FLORES 2341 Esq. M. BERTHELOT	Av. 18 DE JULIO 1601 Esq. CARLOS ROXLO

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS COMPRAS CONTRA REEMBOLSO

COMPRANDO AL CONTADO COMPRARA MAS BARATO Y MEJOR